

Oriente Medio, Oriente roto

Mikel Ayestaran

Tras las huellas de una herida abierta



Oriente Medio, Oriente roto

Mikel Ayestaran

Tras las huellas de una herida abierta

ediciones peninsula

© Mikel Ayestaran, 2017

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: junio de 2017

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2017
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

PAPYRO - fotocomposición
ROMANYÀ-VALLS - impresión
DEPÓSITO LEGAL: B. 9.371 - 2017
ISBN: 978-84-9942-611-2

ÍNDICE

Prólogo	13
1. Irán	19
2. Líbano	39
3. Irak	81
4. Georgia	101
5. Afganistán	117
6. Túnez	137
7. Egipto	155
8. Yemen	177
9. Pakistán	189
10. Libia	203
11. Siria	219
12. Refugiados	243
13. El califato: Irak y Siria	267
14. Jerusalén	289
Agradecimientos	301

IRÁN

UN TERREMOTO PARA CAMBIAR DE VIDA

Teherán – Bam, enero de 2004

El despertador del Casio suena a las siete de la mañana. A las once sale mi vuelo a Bam desde el aeropuerto de Mehrabad. No hay un minuto que perder. Apenas he podido pegar ojo. Estoy nervioso y no paro de preguntarme cosas, de intentar atar cabos. Pero si yo solo estoy de vacaciones, ¿por qué tendría que ir a una ciudad recién arrasada por un terremoto? ¿Volverá a temblar la tierra? ¿Qué es lo necesario para sobrevivir a un terremoto? No sé qué lista de la compra puedo hacer para este tipo de viaje, así que salgo en busca de una tienda de alimentación y allí decidiré qué adquirir. No muy lejos del hotel localizo un pequeño ultramarinos, uno de los miles que se encuentran repartidos por Teherán con los expositores a rebosar. Me hago con doce latas de atún, unas cuantas de alubias con tomate, cinco tabletas de chocolate Tak Tak (el equivalente local al Kit Kat), pastelitos variados, chicles, caramelos y globos en abundancia pensando en los niños que uno siempre encuentra por el camino, frutos secos, un cepillo de dientes y una botella de agua.

Paso por un quiosco y compro los diarios que se editan en inglés en la república islámica. Todos llevan el tema de Bam en portada. El 26 de diciembre, hace tan solo una semana, un terremoto de 6,3 grados en la escala de Richter asoló la provincia de Kermán, en el sureste del país. El epicentro se registró en Bam, histórica ciudad de la ruta de la seda conocida mundialmente por albergar la mayor fortaleza de barro del mundo. Construida en el año 500 a. C., la ciudadela permaneció habitada hasta 1850. Pero los terremotos no entienden de vidas humanas y menos de historia. Durante treinta segundos la tierra botó, literalmente, bajo los pies de los ciento veinte mil habitantes de la zona, y al final del temblor no se veía nada. La mayoría de las casas eran de adobe y al derrumbarse se formó una nube de polvo inmensa. ¿Un bombardeo? ¿Una prueba con armas nucleares en mitad del desierto de Dasht-e-Lut? No, un terremoto. Más de cuarenta y una mil personas murieron, según los datos oficiales, y el 90 por ciento de la ciudad moderna y la propia fortaleza sufrieron graves daños.

Vuelvo al hotel a recoger mis cosas, reviso el cuarto para no dejarme nada, pago la cuenta y salgo a la calle con la mochila a la espalda, la bolsa de víveres en una mano y los periódicos en la otra. Estoy incómodo porque me gusta llevar siempre las manos libres. Las calles de Teherán son interminables y es mejor no ponerse a caminar porque sí; tampoco es buena idea apostar por los taxis compartidos o el transporte público si uno no sabe moverse en esta enorme ciudad de diecisiete millones de habitantes. Así que paro el primer taxi que pasa y le pido que me lleve directo a la terminal nacional de Mehrabad.

—*Darvasht?* —pregunta el taxista alargando la t final de esa forma que solo saben los iraníes.

La complicada situación económica obliga a los iraníes a tener dos o tres trabajos y uno se puede encontrar con abuelos como este, que conduce un Paykan de color blanco con una raya

naranja en el capó delantero, el vehículo nacional iraní y el auténtico rey del asfalto persa entre 1969 y mediados de los noventa.

—¡Mehrabad, Mehrabad! —respondo apresurado sin entender que lo que quiere preguntarme es si estaba dispuesto a alquilar todo el vehículo para mí.

Abro la puerta trasera para meter mis bultos y me siento en el asiento del copiloto, que no tiene reposacabezas. Siempre que estoy en Irán intento disfrutar de todas las carreras en Paykan porque soy consciente de que en breve pasará a formar parte de la historia del parque móvil nacional, como ocurrió con los Trabant en la RDA.

El leve manto blanco de nieve caído la víspera ha desaparecido y un cielo azul imponente cubre una ciudad presidida por el monte Damavand, ese sí, bien blanco. Un buen día para volar, pienso, mientras la caja de cambios del Paykan cruje en los semáforos.

El aeropuerto está abarrotado. El precio de los billetes es tan bajo y las distancias son tan largas que la mayoría de los iraníes optan por el avión para viajar dentro del país. No tengo ni billete, pero el amigo de un iraní al que conocí en un viaje anterior me ha citado en el mostrador de facturación número uno a las diez en punto. Esos amigos de conocidos que aparecen y desaparecen en los viajes y que desempeñan un papel clave en tantas historias... ¿Y si esta vez no aparece? Pero aparece; normalmente aparecen siempre, como magos salidos de una lámpara. Allí está esperándome un hombre alto, joven, trajeado pero sin corbata, y con la cabeza cuadrada. Soy el único extranjero a la vista, así que viene directo y, en un correcto inglés, me saluda por mi nombre, me pide el pasaporte y desaparece entre la marabunta.

Todos los destinos están escritos en farsi, así que no puedo distinguir el nombre de Bam por ninguna parte. Aunque en España se considera «moros» a todos los musulmanes que viven desde Marruecos hasta Afganistán, los iraníes son persas, descendientes de los arios, y hablan farsi, no árabe. A la diferencia étnica

y lingüística hay que añadir la religiosa, porque en Irán más del 90 por ciento de la población pertenece a la secta chií del islam y no a la suní, que es la rama mayoritaria en el mundo. El cisma se remonta a la muerte del Profeta, y la elección del chiismo como religión de Estado la adoptaron los safávidas, que llegaron al poder en 1501 y comenzaron a fusionar las identidades persa y chií en contraposición a las árabe y suní mayoritarias en el islam, un episodio tan lejano en el tiempo como decisivo en el equilibrio de poderes del actual Oriente Medio. «En la entronización iraní de la doctrina chií discernía yo una protesta muda contra la conquista de Irán por los árabes [...]. Su culto representaba un acto simbólico de venganza contra el islam árabe (que tan inflexiblemente se oponía a la deificación de cualquier personalidad humana, incluida la de Mahoma)», recoge en *El camino a Meca* el periodista de origen austriaco Muhammad Asad.

La comunidad musulmana suní se mantiene firme en su apoyo al principio de sucesión electiva al califato, mientras que los chiíes sostienen que el Profeta designó a su yerno Alí su legítimo heredero y sucesor, y por ello sustituyen la concepción republicana del original Estado Islámico por una especie de monarquía hereditaria. Y estas historias de hace trece siglos siguen teniendo un impacto directo en el día a día de los fieles chiíes que siguen llorando con fervor las muertes de Alí y sus hijos, Hasán y Husein.

Me acomodo en uno de los asientos de plástico de color amarillo de la sala de facturación y espero. A las diez y media aparece mi hombre y me devuelve el pasaporte con una tarjeta de embarque escrita a mano. Sonríe, pero su mirada es triste. Parte de su familia es de Bam y me cuenta que desea con toda el alma que vayan periodistas extranjeros para que sigan manteniendo la historia viva en los medios porque aún hay muchos cuerpos desaparecidos entre los escombros. Cree que las autoridades iraníes se olvidarán pronto de ese lugar perdido en el desierto y que las víctimas no recibirán ayudas. No se lo digo, pero

veo que es una persona realista y que sabe perfectamente lo que ocurre después de un desastre natural: se apagan los focos de los medios, se olvidan las promesas y los supervivientes deben hacer milagros para sobrevivir.

—No sé cuál es la puerta definitiva. Entre usted y esté atento, por favor, a la megafonía —habla y señala hacia la única entrada a la zona de embarque donde dos miembros de la Guardia Revolucionaria, ambos con barba cerrada y bien marcada, inspeccionan el equipaje de mano.

Es tarde y no tengo ya tiempo para facturar; todo el equipaje vendrá conmigo.

—¿Cuánto es? —pregunto llevándome la mano a la cartera.

—¡Que Alá le acompañe! —responde al tiempo que me coge la mano y se la lleva al pecho—. Suerte.

Tras pasar el control de seguridad, me encuentro en una sala enorme con más gente aún que en la anterior. No hay pantallas con las puertas de embarque en ninguna parte y apenas se oyen los mensajes de la megafonía sobre el murmullo de la gente. Unos están sentados, pero la mayoría esperan de pie su turno en el único lugar que hay para tomar un té. A codazos llego hasta un policía y le pregunto por el vuelo a Bam. No tiene ni idea o no me entiende. Voy hasta otro y le muestro la tarjeta de embarque; este sí me indica que la puerta es la número dos. Allí me planto hasta que un azafato de la compañía Iran Aseman Airlines abre la puerta y nos desea feliz viaje a Bam a todos los que allí esperamos. Son las once en punto y comienza el embarque. Puntualidad inusual en estas latitudes.

En el autobús que me lleva al avión, un Fokker antiguo y descolorido que en sus buenos tiempos debió de ser blanquiazul, se sienta a mi lado un hombre de rasgos hindúes, que viste un jersey de algodón azul marino con el emblema de Unicef estampado en la pechera. Lleva una maleta de plástico duro pegada al cuerpo en la que se lee «Shezar Noorani». Me siento a su lado y

me presento sin saber muy bien qué decirle. Me cuenta que le ha contratado la ONU para que documente la crisis humanitaria en Bam, que ha llegado de madrugada a Teherán desde Nueva York y que quiere ponerse a trabajar sobre el terreno cuanto antes.

Sin haberlo preparado, tengo a mi lado la mejor llave para entrar en Bam y superar los controles de seguridad, que para periodistas son farragosos en la república islámica, sobre todo si uno no tiene la acreditación del Ershad, el Ministerio de Cultura y Orientación Islámica. Yo no la tengo; por segunda vez en mi vida he entrado en Irán como turista, de la misma forma que lo hice seis meses antes. En aquella ocasión llegué desde Estambul en autobús en un viaje interminable de tres días y recorrí el país en transporte público, desde Teherán a Shiraz, pasando por Isfahán y Bam. Un viaje iniciático, sin prisas, sin ordenadores ni cámaras, un viaje para conocer y disfrutar. Un viaje que espero repetir algún día.

Pensándolo bien, si hubiera esperado la acreditación no habría podido regresar tan pronto a Bam debido a la burocracia y a los precios exorbitantes que cuesta el trabajo en Irán, fuera del alcance de periodistas independientes sin el respaldo de un medio que cubra sus gastos. Exfuncionarios del Ministerio cuentan con una serie de agencias paralelas de «ayuda al periodista» por las que hay que pasar de manera obligatoria para obtener un permiso de trabajo temporal. Ese permiso sirve normalmente para Teherán, pero si se quiere salir de la capital se necesitan nuevas autorizaciones y hay que viajar siempre acompañado de una persona de la agencia de turno..., trámites que aprendería con el paso de los años en el país donde uno interioriza de manera más rápida la importancia de la autocensura. «Lo que cuenta usted en sus artículos no es mentira, pero no es la imagen de Irán que un periodista acreditado debe mostrar al mundo», me diría años más tarde la responsable del Ershad antes de incluirme en una especie de lista negra a causa de un reportaje detallado sobre la

doble vida de los más jóvenes en Teherán. Tardaría dos años en volver a tener un visado por contar una verdad tan islámicamente incorrecta como lapidaria.

El fotógrafo y yo nos deseamos buen vuelo y ocupamos nuestros asientos. Apenas hemos hablado, pero nos hemos entendido gracias al sexto sentido de un perro viejo que tiene ante sus ojos a un novato perdido. No queda ni un asiento libre. Ha sido un milagro conseguir un billete. A mi lado se sienta un religioso muy gordo que ocupa parte de mi asiento y tapa la salida del aire acondicionado con el turbante. Con el mayor de los cuidados aparto el papel del periódico asabanado que lee y me siento. Shezar lo hace cuatro filas más atrás. Aquello ruge de una forma que no rugen los aviones en los que uno vuela en Europa.

No tardo en dormirme, pero al cabo de una hora y media me despierto con la sensación de que el avión inicia la maniobra de aterrizaje. Me habían avisado de que el vuelo solía tener una última parte movidita a causa de las tormentas de arena, pero esta vez el descenso en esta especie de cafetera volante es limpio, tranquilo y muy aplaudido por el pasaje cuando los motores se detienen.

El asfalto de la pista está en perfecto estado y el aeropuerto tampoco parece haber sufrido daños. Un iraní grandullón con una gorra de Unicef espera a Shezar. No lo habíamos acordado, pero el fotógrafo se presenta y le dice que yo soy parte del equipo, así que uno tras otro los policías del aeropuerto nos dejan pasar sin problemas y sin preguntas. Fuera espera un Toyota todoterreno, grande y blanco, con el emblema de la organización. Ahora tengo que lograr cuanto antes la tarjeta de extranjero que expide el Foreign Nationals Committee, imprescindible para moverse en la zona devastada. Sin ella lo pueden echar a uno del país en cuestión de horas.

Bam es una zona controlada por el ejército y a los extranjeros nos vigilan con lupa, sobre todo tras la llegada de ayuda humanitaria estadounidense. Se cumplen catorce años del terremoto de

Rudbar, que mató a cuarenta mil personas, pero aquello sucedió en el norte, una zona más próspera que el pobre y olvidado sur de Irán. En 1990 incluso se permitieron el lujo de rechazar la ayuda internacional, pero ahora no, y los primeros en dar un paso al frente han sido los estadounidenses. Un avión C-130 aterrizó tras el temblor en suelo persa después de veintitrés años sin relaciones diplomáticas entre ambas naciones. Este gesto, aplaudido por la comunidad internacional, se completó con el levantamiento por tres meses de las sanciones contra la república islámica. Esto quería decir que en ese tiempo se permitiría realizar donaciones para ayuda humanitaria y también viajar a los empleados de organizaciones humanitarias al país persa y gastar allí el dinero recibido sin solicitar el permiso previo de las autoridades federales de Washington. De la misma forma, estas organizaciones obtenían el «ok» para la exportación de artículos prohibidos hasta el momento por miedo al terrorismo, como teléfonos vía satélite, equipos de transporte, radios, ordenadores... A cambio, Irán aceptaba la presencia temporal de inspectores para la supervisión de sus instalaciones nucleares. Este idilio, sin embargo, acabaría al cabo de pocas semanas con un discurso del líder supremo, Alí Jamenei, que señaló en el informativo más seguido en el país: «Los yanquis son peor que un terremoto. Por cada médico que ha llegado, hay tres espías de la CIA». Punto final. Rápido y directo. Jamenei acabaría en unos minutos con las esperanzas de los que veían en la llegada de ayuda humanitaria el inicio de una apertura para el país.

Cuando uno llega por primera vez a Irán, le sorprende la cantidad de retratos de Jamenei y Jomeini (que parece siempre malhumorado) que hay en los edificios oficiales. Ruhola Jomeini fue la pieza clave de la revolución de 1979 que derrocó a la monarquía encabezada por el sah, el auténtico guía espiritual y político de un movimiento que dio un giro a la historia reciente del país. Irán pasó de ser un aliado regional de Estados Unidos, con una élite que vivía mirando a Occidente, a aprobar una república islámica

que pronto etiquetó de «gran Satán» a su antiguo aliado. El país se echó a las calles para protestar por la complicada situación económica y las fuertes desigualdades; fue un movimiento heterogéneo formado por grupos de diferentes tendencias, pero los religiosos eran los que mejor organizados estaban y contaban con el carisma de un Jomeini que acabó por monopolizar la revuelta. Hijo y nieto de clérigos, Jomeini obtuvo el título religioso de ayatolá en 1950, y desde mediados de los sesenta vivió exiliado en Irak y Francia debido a sus críticas a un sah a quien la fuerza de la calle obligó a escapar del país. Con el sah fuera de juego, Jomeini regresó y fue recibido como un ídolo en una jornada en la que millones de iraníes acudieron a recibirle. En pocos días logró organizar un referéndum y obtuvo el apoyo masivo de la población al sistema islámico que hoy sigue vigente, un sistema en el que quien manda de verdad es el Guía o Vali-ye Faqi, el jefe supremo de la comunidad, y cuyos decretos se consideran divinos y, por tanto, infalibles. La recién nacida república islámica no tardó en convertirse en una bestia negra para Occidente, ya que pocos meses después un grupo de estudiantes ocupó la embajada de Estados Unidos, en el centro de Teherán, y protagonizó un secuestro de cuatrocientos cuarenta y cuatro días. Durante ese tiempo, cincuenta y dos funcionarios estadounidenses permanecieron retenidos a manos de los que con el paso de los años se han convertido en la élite del régimen. A esto hay que sumar que el vecino Irak, liderado por Sadam Husein, quiso pescar en río revuelto y un año después de la instauración del sistema islámico en Irán lanzó una ofensiva militar para hacerse con una serie de pozos de petróleo cercanos a la frontera, una operación a la que Jomeini respondió movilizándolo a los suyos para la guerra. El conflicto se prolongó ocho años, durante los cuales, a fuerza de sangre, la república islámica asentó sus pilares.

Jamenei se erigió en líder supremo en 1989, tras la muerte del ayatolá Ruhola Jomeini, pero nunca ha tenido el carisma de su antecesor. Con el paso de los años, además, las restricciones

sociales y políticas han generado un nivel importante de descontento en parte de la población, sobre todo entre los más jóvenes, que no conocieron los años de la guerra con Irak. El sistema sobrevive, aunque con escollos como la Revuelta Verde que tuvo lugar tras las elecciones de 2009, en las que el sector reformista se echó a las calles pidiendo apertura, pero en muchos momentos da sensación de agotamiento.

El coche se detiene a medio camino entre el aeropuerto y la ciudad, en el hotel Arg-E-Jadid, un edificio de ladrillo color crema, de tres alturas y en perfecto estado. Entramos en el vestíbulo y enseguida me doy cuenta de que no puedo permitírmelo. Cien dólares por noche en una habitación doble es el precio para extranjeros. Parece que hay que aprovechar el tirón: al cabo de unos días Bam no sería noticia y gran parte del contingente de foráneos volverían a sus casas. El recepcionista no tiene compasión y responde como un autómata.

—*Hundred dollar, mister. Hundred dollar per room* —son las únicas palabras que pronuncia en inglés, y tiene lista de espera.

Papeles y papeles se acumulan en el mostrador y no tiene tiempo ni de mirarnos a la cara, ni mucho menos de negociar. Shezar se vuelve a dar cuenta de la situación y me invita a pasar la noche con él si no encuentro nada mejor a lo largo del día...

Tras dejar las bolsas, salimos hacia el campamento internacional donde están las distintas ONG que se han desplazado a la zona de la catástrofe. En los diez kilómetros de carretera que nos separan de Bam nadie abre la boca. Es el silencio del desastre, el dolor y la barbaridad en la que estábamos entrando de lleno. Una sensación de ahogo que nubla la mirada y paraliza la voz. El estómago se retuerce y uno comienza a hacerse preguntas sin respuestas, como por qué les ha tocado a ellos, qué pasaría si la tierra temblara así en la ciudad de uno... Según nos vamos acercando, vemos más y más gente sentada en el suelo junto a tiendas de campaña de lona blanca. Detrás de estas tiendas, montoneras

de tierra y piedras. Apenas se distingue la forma de un edificio entero. La carretera, eso sí, está en perfecto estado, como los miles de palmeras de este oasis célebre por sus dátiles, pero las casas..., no hay una sola en pie.

El campo internacional se encuentra dentro de un recinto militar, y cuando llegamos se están recogiendo todas las tiendas para trasladarlas a un nuevo emplazamiento, que será el campo de fútbol, según nos informan. Está prevista la llegada de un nuevo contingente de militares y es preciso recuperar la totalidad de las instalaciones para poder ubicarles allí.

Shezar se desespera porque se le escapa la mejor luz del día y va a quedarse sin fotos, idea que no le gusta nada, pero esto es Irán y la burocracia es la burocracia. Quiere estar en la calle en ese momento en el que el sol alarga las sombras y los colores son más cálidos que nunca. El conductor nos lleva hasta la oficina para extranjeros y, como en el aeropuerto, Shezar me presenta como parte del equipo. Hay que esperar al responsable, que está rezando. Pasado un buen rato, aparece un funcionario con barba de varios días y camisa sin cuello, la camisa «oficial» de los funcionarios del régimen islámico.

—*Welcome to Bam! Welcome to Bam!*—dice en inglés con tono amistoso y llevándose la mano derecha al corazón en señal de agradecimiento.

Me extiende un papel y lo relleno sobre una mesa de plástico blanco que baila cada vez que escribo una palabra. No hay preguntas y yo no abro la boca. En pocos minutos salgo de la tienda de campaña con mi tarjeta personal colgada de la camisa con un imperdible. Ya estoy registrado. Salimos a dar nuestro primer paseo por Bam, o, mejor dicho, por lo que queda de Bam. Shezar dispara con rapidez y murmura. No se le ve cómodo. Cuando tiene la oportunidad no duda en parar y preguntar, pero desde el vehículo oficial de Unicef le piden que se dé prisa porque está a punto de oscurecer.

—Una foto sin historia no me sirve. Necesito saber quiénes son los protagonistas de mis fotos —me repite como un profesor que habla a su alumno mientras anota los nombres y edades que le va diciendo un traductor desganado mientras se mira el reloj una y otra vez.

Tenemos la suerte de hablar con dos hermanos que buscan entre las ruinas algo que rescatar de su casa familiar. En los últimos días han enterrado a ocho familiares y cavan de forma automática, con los ojos perdidos, en busca de no saben bien qué porque la tierra se ha llevado ya lo más importante que tenían. Bam es una zona donde el consumo de opio es tradición y se utiliza como analgésico desde edades tempranas. Como puedo comprobar desde el primer momento, en los días posteriores al temblor el consumo de opio se ha disparado y la gente está colocada para intentar olvidar.

Por desgracia, el paseo es muy breve. Se ha impuesto una especie de toque de queda y no se puede andar por la calle tras la caída del sol. No llegamos siquiera a acercarnos a la fortaleza. La temperatura baja muchos grados y empiezo a sentir frío. El mes de enero en el desierto puede ser helador. Shezar insiste en que le acompañe al hotel, y se lo agradezco.

Esa noche hablamos horas y horas sobre catástrofes naturales, el comportamiento humano tras las mismas y el trabajo de las ONG en las situaciones de emergencia. Todo es nuevo para mí, una especie de máster acelerado. Estaba en Bam, en la Bam recién asolada por un terremoto, bebiendo Zamzam Cola —el refresco nacional llamado así en recuerdo del sagrado pozo de Zamzam, situado cerca de Meca, donde la tradición dice que Agar proporcionaba agua a su hijo Ismael— en una habitación de cien dólares la noche que no puedo permitirme y con un conductor en la puerta. Esto no es lo que buscaba. Así se lo digo a Shezar y me comprende. Al día siguiente por la mañana me buscaré la vida. Necesito estar en el meollo; para eso había hecho un viaje

tan largo. Esa primera noche, por si las moscas, ponemos las camas cerca de la ventana por si hay que saltar al jardín.

—Si notas cualquier temblor, sal rápido del cuarto, salta por la ventana y aléjate del edificio —me advierte mi compañero de cuarto mientras se quita las gafas. Duerme sin gafas, pero con la cámara a mano. Y pronto se pone a roncar.

La tierra tiembla, pero no me entero de las réplicas, ni de los ronquidos. Por la mañana temprano cojo mis cosas y me despido de Shezar, el hotel y los lujos. Me planto en la carretera y paro la primera camioneta que pasa. Pongo mis trastos en la parte trasera y le pido como puedo que me deje en la entrada de Bam. Así lo hace, y como no acepta dinero le pago con uno de los chocolates Tak Tak. En pocos minutos se abre ante mí una carretera de cuatro carriles con una mediana de arbustos secos, la gran avenida que desemboca en la plaza Imam Jomeini y por la que camino sin rumbo fijo. No hay un alma.

Me duele la cabeza; siempre que empiezo una cobertura me duele la cabeza. Me detengo ante lo que me parece que debía de ser el antiguo hospital. En su lugar hay unas casetas prefabricadas, de las que se instalan en las obras para los trabajadores, y unas tiendas de campaña. Me llama la atención una de ellas, muy al fondo, de color amarillo chillón. Me esfuerzo en leer lo que pone en el lateral: «DYA Gipuzkoa – Bide Laguntza Elkarte – Asociación de Ayuda en Carretera». Nunca me había alegrado tanto de leer unas palabras en euskera y español estando de viaje. Sin dudarlo, cruzo los cuatro carriles y salto las vallas de plástico que cercan la tienda de campaña. Me doy de bruces con una enfermera en cuyo brazo distingo un logo con la bandera catalana y la palabra «Bombers».

—Buenos días. ¿Mucho trabajo? —pregunto sin saber muy bien qué decir.

—A tope. ¿Y tú quién eres? ¡Qué alegría oír a alguien hablar en español en mitad de Bam!

—Soy periodista. He visto lo de DYA Gipuzkoa y por eso me he acercado —respondo con cierta torpeza.

—Pasa, pasa. Aquí estamos gente de toda España.

Hay varias tiendas juntas. Al lado de la amarilla hay otra más grande de color blanco coronada por el logotipo rojo de SERCAM, el cuerpo de emergencias de Madrid. Allí me presento ante el jefe de la misión, don Juan Bartolomé, médico burgalés de la entonces AECI (Agencia Española de Cooperación Internacional), luego renombrada como AECID, con el final de «Desarrollo». Alto, enjuto y de barba canosa, habla con tono grave; sus sesenta y muchos le convierten en la voz de la experiencia. Me presento, y al verme con todos los bártulos encima capta enseguida que estoy colgado y me ofrece la posibilidad de compartir tienda con ellos.

—Estás en un trozo de suelo español en Irán, y aquí puedes sentirte como en casa. Solo te pido que no entorpezcas la labor del equipo sanitario. Por mi parte, no hay problema en que te quedes, periodista. Me gusta dar oportunidades a la gente —me suelta de buenas a primeras, con tono solemne, esta especie de don Quijote de la ayuda humanitaria.

—Gracias —respondo estrechándole la mano sin nada más que decir.

Tras ese intercambio de palabras empieza el verdadero terremoto para mí, y recordando esos instantes me doy cuenta de que es el inicio de mi carrera como periodista en la región.

Busco acomodo en la que llaman «tienda de vida» del campamento, que en la parte trasera hace también las veces de almacén. Coloco mis pertenencias donde creo que molestan menos y me voy presentando a los miembros del grupo, que forman una auténtica familia. AECI ha plantado su puesto médico avanzado (PMA) sobre las mismísimas ruinas del antiguo edificio del hospital. Allí trabajan, duermen y hacen toda su vida médicos, enfermeras y logistas. Trabajan día y noche, sin horarios. La vida y la muerte pasa por sus manos.

Desde el primer momento me dedico a tomar notas y a observar. Impresiona el dolor que se ve en los ojos de cada paciente. Son miradas que no tienen nada en qué fijarse porque han visto frente a frente la muerte; ¿qué visión puede ser más impactante? Ha pasado más de una semana desde el temblor y ya hay pocas posibilidades de recuperar cuerpos con vida de entre los escombros. Los supervivientes empiezan a darse cuenta de lo ocurrido y lo que más les duele ahora es el alma. Un dolor que no hay medicina en el mundo que pueda curar, pero que los profesionales españoles tratan con un amor y una profesionalidad conmovedores.

Mi rutina siempre es la misma. A las seis y media de la mañana comienza la actividad. Entre el trino de los pájaros y los ronquidos de los más cansados, el jefe del equipo abandona su saco de dormir. Es el primero que empieza la dura jornada. Juan Bartolomé sale de la tienda, comprueba si por casualidad hay agua fría (caliente es una quimera) y se pone en marcha. Una hora más tarde, uno de los técnicos del equipo se levanta y prepara el desayuno. El propósito de todas las noches, antes de que el equipo se acueste, es que parte de él se despierte a las seis para poder dar una vuelta por la ciudad y evaluar la situación, pero el cansancio puede con cualquier plan que se haga sobre el papel. La mesa de reuniones, comidas y tertulias descansa en un piso de cemento. Está junto a la pared del laboratorio, tan pegada a ella que si uno mira hacia arriba, la cornisa del edificio, visiblemente torcida por el temblor, le invita a no sentarse, pues amenaza con desplomarse. Desayunos, comidas y cenas tienen lugar bajo la parte del tejado que sigue en pie en el hospital Jomeini. Junto con el técnico, uno de los traductores, Mohamed Amin, quita el polvo que se almacena en la mesa. Más que polvo, arena, para que médicos y enfermeras puedan empezar a desayunar a las ocho de la mañana. Todos los días toca ración individual de combate de las fuerzas armadas. Cada caja contiene dos sobres de café soluble, un tubo de leche condensada azucarada, una tarrina de confitu-

ra, un paquete de galletas dulces y una chocolatina con leche. Es el momento de planificar la jornada de trabajo. Si es posible, tres personas descansarán por la mañana y otras tres por la tarde. Todo dependerá del volumen de pacientes. La cola ya comienza a poblarse detrás del PMA.

La consulta abre a las nueve en punto. Miguel Ángel Dólera, técnico de emergencias, espera a los pacientes en la entrada y, con la ayuda de su chuleta en farsi, les pregunta si tienen dolor («*Dard dari?*»), dónde («*Konja?*») y si tienen fiebre («*Tab dari?*») en un farsi con acento de Brunete. Toma nota y les sienta a la espera de que una de las cuatro camillas esté libre. Tiene una gran bolsa de caramelos que va repartiendo a los niños que se acercan. Hay pacientes que van todos los días. Urgencias es el lugar al que acuden para verse las caras, para ver quiénes están aún vivos. Las mañanas son sobre todo de mujeres y niños; los hombres van más por la tarde.

Médicos y enfermeros, ayudados por los intérpretes, se meten de lleno en su papel y atienden sin descanso a los pacientes hasta las dos de la tarde, momento de la comida. La dieta básica se compone de arroz blanco con pan, que suministra Media Luna Roja, y ración individual de combate para cada uno: atún, paté, ensalada de primavera, macedonia y hasta cocidito madrileño, según el menú. El tema de los horarios no está muy claro, y los pacientes que llegan se acercan a la mesa mientras el equipo sanitario come. Dado que el trabajo de urgencias es de veinticuatro horas, si el caso es grave no se descansa ni para comer. Algún chorizo escondido entre la ropa de la maleta sale a pasear con respeto, como *delicatessen* en un país en el que no está permitido comer carne de cerdo.

Una hora después se reanudan las consultas de la tarde. Más hombres que mujeres. A las cinco se pone el sol y hay que empezar a trabajar con la ayuda de luz artificial y el rugido del grupo electrógeno de fondo. Colas y más colas. De vez en cuando se

acerca hasta algún religioso, que no tiene reparo en ser atendido por una enfermera y se levanta la túnica para recibir un pinchazo. Si la situación se tranquiliza, parte del equipo sale a tomar el aire hasta la hora de la cena, las nueve, para la que siempre hay algo caliente como sopas instantáneas o latas de fabada. Cuando se va el sol, la temperatura baja en Bam y no es lugar para largas tertulias.

A las diez y media todo el mundo se acuesta dentro de sus sacos, bien cubiertos con mantas para combatir el frío. Mantas no faltan, ya que el segundo Hércules enviado por España con ayuda humanitaria desde Torrejón trajo más de dos mil para repartir entre los damnificados. Sirven también de colchón. Nada más adoptar la posición horizontal, los más afortunados rompen a roncar ajenos a temblores de tierra o a las bajas temperaturas. La molestia que produce un ronquido el primer día se olvida ya el segundo, y la tienda ruge como una manada de leones persas. Ni las réplicas del macabro terremoto rompen el descanso.

Yo me acoplo a esta especie de disciplina militar y trato de estorbar lo mínimo. Me despierto con el primer relevo a las seis de la mañana, y tras el desayuno me planto en la mesa de triaje en la que los pacientes cuentan sus problemas. Todos los días hay colas frente al hospital desde primerísima hora.

Un hombre vestido con harapos y una herida en la cabeza con varios puntos de sutura pide una inyección letal.

—He perdido a mi mujer y a mis tres hijos, no quiero seguir viviendo —responde a los médicos que le preguntan por sus molestias.

Algunos niños vienen solos o acompañados por vecinos o conocidos. Algunos como la pequeña Shirin, de seis años, han dejado de hablar desde la noche del temblor.

—Llora y llora, pero no dice nada. Sus padres aún siguen entre los escombros de la casa —cuenta la vecina que la acompaña, una señora cubierta por el chador, el tradicional mantón negro habitual entre las mujeres de Irán.

Otra niña, que no tendrá más de quince años, llega sola, jadeando y suplicando una carta para pedir libertad a sus hermanos. La pequeña ha perdido a sus padres y vive con sus tres hermanos, que no la dejan salir de la tienda de campaña en la que viven ni para tomar el aire. ¿Qué medicina hay para estos males?

Cuando llegué a Bam, en mi agenda tenía destinados tres días en la zona del desastre, pero las jornadas vuelan y no me muevo. Mi tiempo transcurre entre el hospital y los escombros. La zona antigua de Bam, la más castigada, sigue sin recibir el servicio de desescombros y es una sucesión de esqueletos de edificios a medio caer y de montañas de tierra y desperdicios, así que cada día hay nuevos derrumbes y aparecen más y más muertos. Es imposible hacer un recuento. En esa parte de la ciudad solo la mezquita Jameh se alza con solidez; el temblor de 6,3 grados no ha afectado a su estructura. La milenaria fortaleza de barro, sin embargo, más que un terremoto parece haber sufrido el paso de la ola enorme de un tsunami. Como un castillo de los que hacen los niños en la arena al bajar la marea, las torres se han derrumbado, las almenas desdibujado, y todos los accesos están cerrados por temor a nuevos derrumbes.

Entre tanta muerte, heridas y traumas de todo tipo, también hay lugar para la vida. Siempre había jurado que no asistiría a un parto hasta que fuera el de mis propios hijos. Los hospitales no son para mí. El calor y el olor me ahogan y la sangre me mareo. La prueba de fuego llega una mañana en la que los sanitarios iraníes piden ayuda a los españoles para asistir a un parto. Sin pensarlo dos veces, me meto en el quirófano con bata, mascarilla y la cámara. Fateme Moshemi, natural de Bam y madre de tres hijos, grita tumbada en el paritorio. Me acerco a ella y la cabeza del bebé está ya saliendo. No sé qué hacer, así que con un pañuelo le seco el sudor de la cara y le digo con toda la fuerza que puedo: «¡Empuja, empuja!». Mis ánimos se mezclan con las instrucciones en farsi de las enfermeras locales, que también la animan. Fateme empu-

ja, respira con fuerza y se agarra a las sábanas con furia. Todo va rápido. Mahdi Rahmatabadi llega al mundo diez días después del terremoto, pesa tres kilos y pasa los primeros minutos de vida en brazos de un periodista extranjero. Él nunca lo sabrá. Yo nunca lo olvidaré. El bajón viene después, al salir del paritorio. Los nervios, las imágenes, el olor y la tensión se juntan en mi cerebro, y tengo que tumbarme un rato mientras digiero la escena. De pronto la tierra vuelve a temblar, se produce una réplica bastante fuerte y eso me remata, pero aquí uno no puede dormirse.

La llegada al mundo de Mahdi es augurio de buena suerte, y a las pocas horas los servicios de emergencia iraníes llegan con un hombre en una camilla que, a primera vista, parece una momia del antiguo Egipto. Pasan de las dos de la tarde y estamos comiendo en grupo (un día más, raciones de campaña del ejército español) cuando el conductor de la ambulancia se dirige a uno de los intérpretes para decirle que esa persona acaba de ser rescatada de entre los escombros.

Tumbado en la camilla boca arriba, con los ojos medio abiertos, parece deshidratado, desnutrido; presenta un cuadro de confusión y sufre contusiones múltiples y diversas fracturas, según la primera revisión. Encontrar a una persona viva después de diez días «es un milagro», me confiesa con rotundidad el doctor Eduardo Armijo, hombretón navarro con cuerpo de levantador de piedras, el encargado de atender a este muerto viviente, que logra decir solo la palabra «Jalaledin», su nombre. Tras administrarle insulina y una dosis de calmante, se le prepara para su traslado a un centro hospitalario de Teherán. Siempre tendré la duda de si realmente asistí a un milagro o si se trataba de alguien empeñado en buscar a parientes desaparecidos o rescatar sus pertenencias entre los escombros, que quedó sepultado por un nuevo derrumbe. Aunque el milagro de verdad fue el del pequeño Mahdi, la vida en directo en mitad de la desolación, el retrato que le hice a Jalaledin fue mi primera portada en un medio nacional.

Dos semanas después del temblor la emergencia ha terminado, según los expertos, y los países comienzan a reclamar a sus equipos. Ha sido todo tan intenso que me parece que fue ayer cuando estaba en Teherán recibiendo un billete de avión de manos de un desconocido para ir a Bam. Mis compañeros de batalla tienen que regresar en un Hércules, pero yo lo hago en línea regular. Camino del aeropuerto paso por el hotel donde dormí la primera noche y siento de nuevo el vértigo que sentí esa mañana al salir de allí rumbo a lo desconocido. Un pequeño mareo, una sensación de hormigueo causada por esa mezcla de miedo e incertidumbre que provocan este tipo de decisiones. Una sensación que me sigue acompañando en momentos clave en los que, ante la duda, siempre pienso que es mejor elegir lo que más esfuerzo te cuesta.